

SEGUNDA BATALLA DE RIVAS (11 DE ABRIL DE 1856)

NARRADA POR WILLIAM WALKER

“En San Juan del Sur y en Rivas, la entrada de los costarricenses fue más ordenada, especialmente en Rivas. Mora hizo todos los esfuerzos para atraerse a los hijos del país. Fue nombrado un prefecto y D. Evaristo Carazo, quien durante muchos años había estado acumulando una fortuna por medio del tránsito de los americanos por el Istmo, aceptó el destino. También mandó prohibir el reclutamiento forzoso para el servicio militar, limitándose a excitar a los habitantes a unirse a los que decían haber venido a libertarlos del yugo de los americanos, sin embargo, muy pocos aceptaron la invitación y el Presidente de Costa Rica no dejó de expresar el desagrado que le causaba la renuencia, que manifestaban de agregarse a sus filas. Había confiado demasiado en los informes interesados de los legitimistas y en seguida lamentó amargamente el engaño que se le había hecho.

Una o dos horas después del desembarque de Walker en Granada, en la mañana del 8, un americano del tránsito llegó a informarle de lo que había acontecido allá. Al mismo tiempo, cartas de León indicaban que había cesado la alarma. Por consiguiente, se dio inmediatamente la orden para que todas las fuerzas que había en Granada, menos dos compañías que debían quedar de guarnición en la plaza, estuviesen listas para marchar al amanecer del día siguiente.

Las fuerzas americanas habían quedado sensiblemente disminuidas por la expedición a Santa Rosa y al regreso de aquella desastrosa acción, las compañías francesa y alemana habían sido despedidas y se había dado de baja a cuantos no supiesen hablar inglés. Por tal razón, en la mañana del 9, no más de quinientos cincuenta hombres salieron de Granada sobre Rivas. Sin embargo, las tropas estaban bien animadas y marchaban con paso alegre, de modo que temprano de la tarde hicieron alto para comer, al sur de Nandaime. Allí encontraron al Coronel Machado, un cubano que había sido dejado en Rivas con unas pocas tropas del país cuando Walker salió con sus fuerzas. El oficial, que mandaba en Rivas era José Bermúdez, quien se quedó y tomó servicio a las órdenes de Mora, pero las clases y soldados nativos abandonando a Bermúdez siguieron a Machado y salieron de Rivas pocas horas antes de la entrada de los costarricenses. Así era en general en Nicaragua; el pueblo se adhería a los americanos, mientras que los calzados (los que usaban zapatos) se pasaban a los enemigos de la República.

Después de haber descansado y comido, las tropas reforzadas con los hombres de Machado, se dirigieron sobre Ochomogo, en donde acamparon durante la noche. Entonces se supo que Mora había ocupado a Rivas el día anterior con un grande ejército, que según la mujer que trajo la noticia, se componía de tres mil hombres. Pero

como las ideas de los hijos del país relativamente a número son bastante vagas, no se dio mucha importancia a su dicho.

El 10 la marcha fue lenta y cansada, debido al calor y a los largos trechos de camino seco y polvoso, sin ninguna sombra para que las tropas pudiesen protegerse del ardiente sol tropical. En la mañana fue capturado un hombre de Rivas, que llevaba proclamas de Mora a los amigos legitimistas en Masaya y después de algunas amenazas, se obtuvieron de él muchos informes sobre la posición y fuerza del enemigo. Al acercarse la columna a Gil González, fue enviado adelante un cuerpo de caballería al mando del capitán Waters, hasta el punto en donde el camino real de Rivas atraviesa el río y allí cruzaron algunos tiros con una avanzada enemiga situada en el Obraje. Sin embargo, el grueso de los americanos dejó el camino real a una media legua del río y tomando una vereda a la izquierda, atravesó el Gil González, en donde pasó la noche guardándose del debido silencio para que el enemigo no descubriese su presencia.

Precisamente, antes de llegar al punto designado había sido capturado un sabanero, que buscaba ganado para los costarricenses y mientras las compañías llegaban a los varios puntos a ellas destinados, sorprendieron a un hombre que iba ocultándose en las inmediaciones del río y lo llevaron a la presencia del General en jefe. Al principio dijo que nada sabía del enemigo en Rivas, pero una cuerda puesta alrededor de su cuello y lanzada al través de una rama del árbol más cercano, le hizo volver la memoria, dando una descripción exacta y minuciosa de los puestos ocupados por los costarricenses. Designó las casas que ocupaban Mora y su estado mayor: el lugar en donde estaban las municiones y cuántas eran, no olvidando dos piezas de artillería que defendían algunas de las calles principales. Desgraciadamente para él, olvidó decir que había sido enviado para descubrir noticias de los americanos y por eso fue castigado como espía. Pero sus informes eran tan completos que después de haberle hecho preguntas y repreguntas, resultaron tan pocas contradicciones en su relato, que Walker formó su plan de ataque sobre ellos. El resultado probó que lo dicho por el espía era enteramente exacto. El temor de la muerte había descompuesto de tal manera su mente, que no pudo inventar una mentira.

Antes de retirarse a descansar, hizo Walker llamar a los oficiales y les explicó su plan de ataque para el día siguiente, asignando a cada uno su puesto de combate. El Teniente Coronel Sanders con cuatro compañías de rifle, debía entrar por las calles que corren al norte de la plaza, llevando sus tropas a paso de carga, si fuese posible, hasta llegar a la casa ocupada por Mora, a unas ocho yardas de la plaza misma: el Mayor Brewster, con tres compañías de rifles, debía entrar por las calles al sur de la plaza, debiendo también dirigirse sobre el cuartel general del enemigo. Como Walker pensaba tomar a Mora por sorpresa, esperaba adueñarse de su persona antes de que pudiese fugarse y de todos modos, como su cuartel general estaba al frente del almacén, la posesión de aquél lo ponía en situación de dominar éste, que era el objeto con que se habían enviado los rifles sobre la casa en que se sabía que estaba Mora.

El Coronel Natzmer con el Mayor O'Neal y el segundo de rifles (como se llamaba la división bajo sus órdenes, aunque estuviesen entonces armados con fusiles de chispa) debían pasar a la extrema izquierda de la ciudad, amenazaban o la derecha del enemigo y manteniéndose a poca distancia de Brewster. Machado con los nativos debía pasar por un camino que entra a la plaza por el norte, encontrándose así a la derecha de Sanders. El Coronel Fry quedaría de reserva con sus compañías de infantería ligera.

Entre las dos y las tres de la mañana fueron formadas las compañías y comenzó la marcha sobre Rivas, sirviendo de guía el Dr. J. L. Cole. Debido a la oscuridad de la noche y a lo cubierto de la vereda, la marcha fue por algún tiempo lenta e interrumpida por frecuentes altos, pero cuando se hizo claro y la columna entró en el camino de Potosí, las tropas comenzaron a andar con brío y vigor. Su paso pronto y firme demostraba que iban con excelente espíritu y el polvo del camino, aunque espeso y pesado, no las molestaba mucho. El profundo silencio de las filas era interrumpido solamente por la voz sumisa de alguno que pedía a su camarada un trago de agua de su garrafa, no haciéndose caso del ladrido de los perros, que comúnmente se halla en las cabañas a lo largo de los caminos, no obstante el temor de que el bullicio de esos animales pudiese descubrir al enemigo la aproximación de la columna. Apenas hubieron salido de Potosí, el sol se levantó en todo el esplendor de los cielos tropicales; y cuando los americanos, dando una vuelta hacia el Lago, entraron en el camino de San Jorge a Rivas, como a una milla de esta última, eran cerca de las ocho.

A media milla de la entrada de la ciudad, Walker encontró a algunas mujeres del mercado, quienes le dijeron que el enemigo ignoraba su llegada: hacía pocos minutos que habían salido de la plaza y los costarricenses (*hermanitos* como los llamaba la mujer de San Jorge), estaban tan descuidados o indiferentes como si estuviesen en su propio país. Se hizo un pequeño alto en Las Cuatro Esquinas para dar tiempo a la retaguardia de juntarse y cuando apareció, se dio la orden a las varias divisiones de avanzar según el plan indicado la noche anterior.”

“Sanders que iba a la vanguardia, puso en fuga una pequeña avanzada a la entrada de la ciudad, marchando a paso precipitado, entró a la plaza lanzándose sobre la calle en donde estaba la casa ocupada por Mora. El enemigo tomado por sorpresa, apenas había comenzado a contestar el fuego de los rifles, cuando estos se apoderaron de un pequeño cañón de bronce, que estaba en medio de la calle, como a mitad del camino entre la plaza y el almacén de los costarricenses. Las tropas de Sanders dando gritos por la toma del cañón, lo llevaron a la plaza, pero mientras tanto habían dado tiempo al enemigo de reponerse de su sorpresa y el fuego de los costarricenses comenzó a ser molesto. Brewster también había logrado despejar de enemigos el lado de la plaza por donde había entrado y con la compañía del capitán Anderson al frente llevaba adelante su columna hacia las casas ocupadas por los costarricenses. Sin embargo, unos cuantos enemigos armados con fusiles de precisión habían tomado

posición de la torre al frente de los rifleros y tanto los molestaron, que finalmente tuvieron que ponerse a cubierto. Natzmer y O'Neal ocuparon las casas a la izquierda de Brewster y hacían excelente efecto conservando su gente bien defendida y dirigiendo un fuego certero sobre las filas enemigas. Mientras tanto Machado había caído conduciendo de la manera más brillante sus nativos, quienes después de su muerte tomaron muy pequeña parte en el combate.

De este modo, en pocos momentos los americanos tomaron posición de la plaza y todas las casas a su derredor, mientras que el enemigo, encerrándose en los edificios de la parte occidental de la ciudad, sostenía un fuego irregular desde las puertas y las ventanas, lo mismo que de las claraboyas que inmediatamente comenzaron a abrir a través de las paredes de adobes. Los americanos por su parte, después que hubo pasado el primer entusiasmo del ataque, fue imposible lanzarlos a asaltar las casas en donde los costarricenses se habían guarecido contra el fuego mortífero de los rifleros. Varios soldados, extenuados a consecuencia de la primera carga, arrimaban sus fusiles a las paredes y echándose al suelo no era posible lograr de ellos el más pequeño esfuerzo. Cuando el coronel Fry llegó con su reserva, se hizo un empuje para que cargasen sobre la casa de Mora. Pero Fry y Kewen (quien se condujo con bizarría durante el día funcionando espontáneamente de ayudante) en vano quisieron lanzarlos al ataque. El abatimiento de las compañías, que estaban jadeantes por la primera embestida, se comunicó a las tropas de refresco y fue imposible conducir la más pequeña parte de ellas a renovar el ataque con el vigor con que había comenzado.

Los pocos soldados de caballería mandados por el capitán Waters habían puesto pie a tierra al principio de la acción y tomando parte en ella. Young Gillis, intrépido oficial de la compañía de Waters, ya había caído y el capitán ocupando la torre de la iglesia en la parte oriental de la plaza, podía vigilar ventajosamente los movimientos del enemigo y molestarlo con sus rifles. También algunos de los soldados de Sanders habían subido a los techos de las casas al occidente de la plaza, de donde daban buena cuenta de él. Sin embargo, pronto se vio que se necesitaría días para arrojar a los costarricenses de las casas ocupadas por ellos después que se rehicieron de la primera sorpresa, especialmente porque las fuerzas nicaragüenses carecían de artillería y hubiera tenido que contar sólo con el pico y la barra para abrirse paso al través de las gruesas paredes de adobes. Era evidente que Mora se hallaba apurado, pues varias veces durante el día se había visto ingresar a Rivas, tropas costarricenses de San Juan y de La Virgen. El Presidente había concentrado todas las fuerzas de que podía disponer en el departamento para rechazar el ataque de los americanos.

Pero cuando el enemigo vio que los nicaragüenses no avanzaban tomó la ofensiva y se propuso entrar en una casa al norte de la plaza, de donde podían dirigir un fuego destructor contra el flanco izquierdo de los americanos. Este movimiento fue impedido por el teniente Gay con otros, la mayor parte oficiales que se prestaron voluntariamente para este servicio. El arrojo de los que fueron con Gay, los hacía en su espíritu, más

semejantes a caballeros de los tiempos feudales, que a oficiales y soldados de tropas regulares. Entre los compañeros del joven teniente se notaban Rogers, a cuyo cargo estaba la comisaría, con el grado de Mayor, el capitán N. C. Breckenridge y el capitán Huston. Nadie pensaba en la distinción de rango y cada uno iba adelante con su revólver dispuesto a hacer en la refriega la parte de un verdadero soldado. No más de una docena de hombres se lanzaron a rechazar a más de cien, y la carga que dieron barrió completamente al enemigo. Gay y Huston cayeron y Breckenridge, recibió una pequeña herida en la cabeza, saliendo ilesos los demás.

En la tarde el enemigo incendió algunas de las casas ocupadas por los americanos y el fuego de sus rifles desde una torre al frente de la columna de Brewster, comenzó a hacer difícil la comunicación entre la parte oriental y occidental de la plaza. Como también ya se acercaba la noche, comenzó a debilitarse el fuego por ambas partes, extenuadas por la excitación y la lucha del día. Mientras tanto Walker se preparaba para la retirada y ya caída la noche, los heridos inutilizados fueron llevados a la iglesia hacia la parte oriental de la plaza. En seguida se mandaron reconcentrar poco a poco las varias compañías al mismo punto, dejándose unos cuantos hombres en las casas incendiadas para impedir que el enemigo estorbase el movimiento de los americanos. Los cirujanos examinaban a los heridos y los que eran declarados serlo mortalmente, fueron dejados en la iglesia cerca del altar, dándose a los demás, caballos para la marcha. Era ya pasada la media noche cuando estuvieron terminados todos los preparativos, y la columna, lenta y silenciosamente desfiló de la ciudad, los heridos en el centro, estando el mayor Brewster al mando de la retaguardia.”

[...]

“Al amanecer, la pequeña fuerza cansada, enferma de los pies, andrajosa, pero resuelta, atravesó el Gil González cerca del Obraje e hizo alto para tomar un pequeño descanso. Sus guías el Dr. Cole y Macdonald, que habían ido a Rivas en calidad de voluntarios, habían desaparecido, aunque hubiesen salido de la ciudad con la columna. Ni tampoco pudo hallarse el capitán Norvell Walker. La retaguardia había sido bien conducida por Brewster y su sangre fría y firmeza contribuyeron mucho al buen orden de la marcha. Fue a algunas millas distantes del Gil González, que el capitán Walker alcanzó solo la retaguardia, demostrando con su relato que su ausencia no era debida a descuido de la retaguardia en recoger a los rezagados. Se había quedado dormido en la torre de la iglesia en la plaza de Rivas y cuando despertó al amanecer, quedó sorprendido al encontrarse solo en una ciudad ocupada por el enemigo. Pero los costarricenses hasta el momento en que él salió, no se habían apercebido de la retirada de los americanos, lo cual hizo que pudiese ponerse en salvo. Cole y Macdonald, anonadados por el cansancio se internaron por una vereda cerca de Rivas para descansar. Encontrándose separados de la fuerza nicaragüense, pidieron y obtuvieron refugio de un pobre hijo del país, quien los tuvo escondidos cerca de San Jorge durante una semana, y así es que llegaron a Granada diez días después de la acción.

En la noche del 12, el campamento estaba otra vez en las orillas del Ochomogo. Fue enviado a Granada el coronel Natzmer con orden de que se remitiese a Nandaime cuantas bestias pudiesen ser habidas y también algunas provisiones. La columna llegó al pueblo mencionado como al medio día del 13. Allí el ayudante general dio el primer parte sobre las pérdidas en Rivas, resultando 58 muertos, 62 heridos y 13 extraviados. Varios de estos últimos llegaron en seguida, de suerte que la pérdida total puede valuarse en 120 hombres. Una gran cantidad de los muertos y heridos eran oficiales. Entre los primeros se contaban: los capitanes Huston, Clinton, Horrel y Linton: los tenientes Morgan, Stoll, Gay, Doyle Gillis y Winters; entre los segundos, los capitanes Cook, Cayese y Anderson y los tenientes Gist Jones, Jamison, Leonard, Potter, Ayers, Latimer, Dolan y Anderson. Es difícil determinar las pérdidas del enemigo, pues los centroamericanos no las descubren con exactitud ni a sus mismos jefes. Pero puede calcularse que los costarricenses tuvieron unos seiscientos hombres fuera de combate: Doscientos muertos y cuatrocientos heridos. Al principio de la acción ascendían a más de tres mil y sus pérdidas pueden calcularse por los heridos, que después se llevaron de Nicaragua.

De Nandaime a Granada la marcha fue larga y cansada, no obstante los medios de transporte empleados. Así es que ya era casi media noche cuando las destrozadas tropas de Nicaragua ingresaron a la capital. Sin embargo, los amigos del Gobierno estaban despiertos para recibir la columna con las mayores demostraciones de respeto y confianza. Las campanas repicaron alegremente, se dispararon cohetes y todos manifestaban su gratitud por los servicios que el ejército había prestado al Estado. Aunque los americanos no habían logrado su intento de arrojar de Rivas a los costarricenses, habían dado un golpe que dejaba paralizado al enemigo. Mora quedó asustado por lo imprevisto y violento del ataque y la vista de los hospitales llenos de heridos abatió el espíritu de sus tropas no experimentadas a las pruebas y sufrimientos de la guerra. También los habitantes del Departamento Meridional, lo mismo que los del Oriental y Occidental, viendo que los americanos no se amedrentaban ante el número, recobraron su confianza bastante rebajada por el descalabro de Santa Rosa.”

Fuente: Lorenzo Montúfar. “Walker en Centro América” (2 edición, corregida e ilustrada). Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. 2000.